

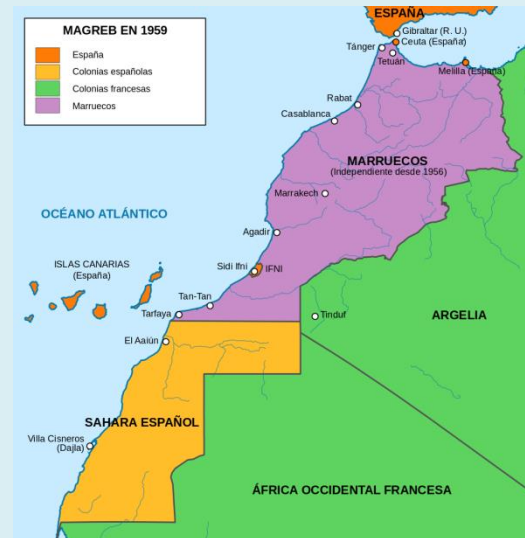
DEL SAHARA A LA RAMA

José Antonio Godoy Rodríguez
Peri

CON SABOR A CALIMA

La tercera oleada migratoria producida en la década de los sesenta no tuvo un espacio concreto como lo fueron El Refugio o La Isleta en las dos ocasiones anteriores. Esta década, rica en música y en movimientos sociales de protesta, trajo sin embargo la quiebra de empresas que hicieron tambalear la economía tradicional del municipio. Junto con el abandono progresivo de la agricultura, quebraron las dos fábricas locales de calzados, la de maestro Pedro y maestro Valentín y la planta eléctrica, a lo que se sumó la compañía AICASA, la de los coches de hora y Agaete se vio con medio pueblo en paro, a oscuras y sin otro transporte que no fueran los piratas. Pero como el bienestar no conoce fronteras, en esta ocasión hubo familias que emigraron a Las Palmas capital al socaire de lo que luego serían las compañías de transporte UTINSA y SALCAI, afincándose mayoritariamente en el Polígono de San Cristóbal y también en Schamann, otras marcharon al sur de la isla al amparo de la aparcería o el turismo y bastantes cruzaron el charco en dirección al

Sahara, a trabajar en los fosfatos de Bucraa y en las empresas que abastecían el Aaiún y Villacisneros.



Hasta el desierto de donde procede la calima que nos invade, llegaron en diferentes oleadas los Panchones, Barrosos, Grimones, Evaristos, los de Manochico y Manalola, los de Firra y las Co torras, a lo que había que sumar la soldadesca, que le tocaba servir en los regulares de Smara y quienes iban a sacar el carné de conducir, porque decían las de Lola la Pancha y la de Juana la César, que en el Aaiún era más fácil. De tal manera que, en vísperas de las Fiestas de las Nieves, se podía escuchar una conversación sobre Agaete y la Rama en las guaguas 3 Rehoyas, 2 Isleta ó 9 Pedro Infinito y también en el Viera y Clavijo o en el León y Castillo, que eran los correíllos de la compañía Transmediterránea que hacían la travesía entre Gran Canaria y el Aaiún, La Güera y Villacisneros.

Esta nueva oleada, sumada a los hijos y nietos de las anteriores, más la novelaría que había fichado por la Rama con plaza en propiedad, llegaba hasta Agaete desde las vísperas, donde se respiraban nuevos aires que le dieron un revolcón a la Rama de finales de los sesenta. Y por el mismo agujero por donde salieron las cómodas, mesas de patas de cangrejo, trinchantes, aparadores, roperos con la gran luna y los talleres, muebles todos ellos considerados viejos, entró la formica, que ni se raya ni se pica, según decía la propaganda, y el duralex, que sustituyó a los platos de cerámica del gallo. Y también se coló el twist, el rock and roll y algún musical americano, que lograron desgajar muchos grupos de la comitiva tradicional de la Rama para hacer su Rama particular al son del iTwist para divertirnos!, ¡Ahí viene la Plaga!, ¡Yo tengo un tío en América! o el Popotito que aún continuaba sonando.

Esta postura rupturista, unida al turismo incipiente, a la moda Opal en blanco y negro o a la de las flores de guipur, fue cerrando sin saberlo, un ciclo de Rama cargada de aromas de Tamadaba y afectos con olores a desierto, que los Alisios se encargaron de transportar a través de la misma ruta por donde hoy llegan las pateras y los cayucos. Afectos que enviaban aquellas familias agaetenses residentes en el Aaiún y en Villacisneros, que no siempre podían estar presentes en



la Rama aún estando tan cerca. Rama sujeta a los vaivenes políticos, a la marejada del mayo francés y al triunfalismo en que se convirtió el La,la,la de Massiel en el Festival de Eurovisión, también del 68. Lo cierto es que entre Diana, Rama y Retreta, en las esquinas del pueblo se apostaron guitarras disidentes al amanecer que entonaban a Serrat, Aute, Valen, al Víctor Manuel del desaparecido Festival del Atlántico y por supuesto a los Beatles, Los Bravos o los Brincos.

Junto con estos cambios incipientes seguía conviviendo el Agaete tradicional, el de las familias grandes, que se triplicaban para la Rama acogiendo a los familiares venidos para la fiesta, el de las tiendas de aceite y vinagre, a las que ibas con la botella para que te pusieran dos pesetas de fly, o llevabas el fuelle, con la cantinela de: "dice mi madre que me lo llene que las moscas se la van a comer por las patas pa'riba", y cuando no, a buscar hilo de plomo donde hubiere, que era lo que se fundía en aquellos años, a diferencia de hoy que lo que salta es el

diferencial. Con los apagones continuos primero y la oscuridad absoluta después, las velas se convirtieron en un artículo de primera necesidad, que si llega a ser en los años setenta tu vecina hubiese dicho que montaste una fiesta hippie, y de ser mañana, el vecino hubiese comentado que celebras un sarao chillout (chilaut). Entre plomos y apagones quedó el dicho "tiene los plomos fundidos", para referirse a quien no tenía muchas luces para razonar ni tino para acordarse donde había guardado el vale del Montepío, para ir a desempeñar el reloj y lucirlo en la fiesta. Y entre velas, todo el mundo registrando los cajones a altas horas de la noche ajoto de aquel vale, con el consiguiente rezongo de alguna voz familiar que repetía mientras buscaban aquello de "siempre se aguardan a los huevos del gallo".

FILA 13

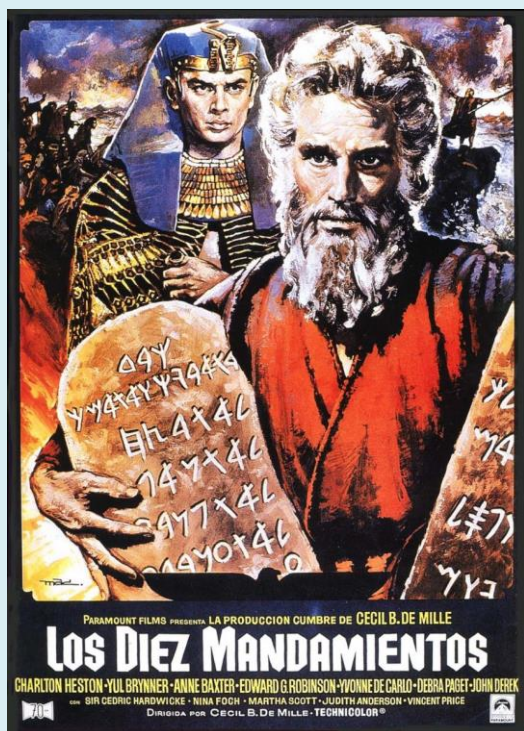
Llegadas las Fiestas de las Nieves, todos esperábamos ansiosos la película de estreno que venía precedida de la correspondiente fama. Fue el edificio que actualmente ocupa la biblioteca pública, el lugar que albergó el cine de mi infancia y juventud y que, construido en el siglo XIX, se había utilizado como recova, sala de cine mudo, sociedad cultural, escuela pública y sala de cine sonoro.

En la década de los 40 llegó al pueblo un tal Don Manuel Cuervo a quien enseguida Agaete, como no podía ser menos, bautizó con el nombre de Cuervito. Con él y la película "La ruta de Singapoore", lle-



gó el cine sonoro y a partir de aquel entonces, medio pueblo cantó, rí, lloró y aspiró a ser una de aquellas estrellas del celuloide. Las películas estaban clasificadas según la doble censura moral del franquismo y del catolicismo. La calificación de un 2 suponía la autorización para niños y niñas hasta 14 años. El 3, para mayores de edad. El 3 con R (la R de reparos), mejor que no se fuera y el 4 ni atreverse que luego el cura desde el púlpito recordaba el *iAy de aquellos que anoche pecaron viendo esas películas!* Lo más seguro era consultar en el Archivo Parroquial los libros de cine con su calificación moral. Y les puedo asegurar que las películas de Marisol y Joselito, que llenaban la cartelera infantil de las Fiestas de las Nieves, eran del 2, pero al cura no le importaba que fuéramos aun sin tener la edad porque cuando llegó "Los Diez Mandamientos" que también era del

2, no desperdició la ocasi3n para evangelizarnos colectivamente.



Todavía recuerdo el griterío y los aplausos cuando daban la luz. Después venía el No-Do y con él, inaugurábamos pantanos y pescábamos truchas, pero sobre todo, queríamos ser niños de la Operación Plus Ultra porque eran los héroes nacionales junto con Marisol y Joselito ¿Quién no quiso cantar como ellos y viajar con Marisol rumbo a Río? ¿O ser, como Joselito, el ruiseñor de las cumbres?

Pero si por algo deseábamos que llegaran las Fiestas de las Nieves era porque, además de las películas de estreno, aumentaba nuestra paga con lo cual, las tardes de cine se veían acrecentadas de golosinas. Tener un duro era toda una fortuna: dos pesetas para el cine y tres para

comprar chochos, chufas, regaliz, pirulines, pastillas de a perra y de a perra chica y el chicle bazooka. ¡Cuántas bocas endulzaron las tiendas de Felicita, seña María Escolástica y el puestillo de Juanito, más conocido por Moñí! Y es que nunca un duro dio tanto de sí y pienso que la multiplicación de los panes y los peces tuvo que ser algo parecido.

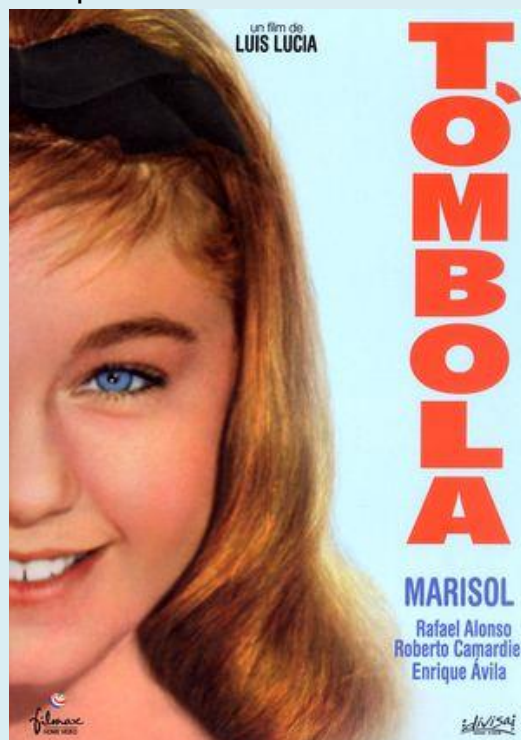
Para que tengan una idea los que no conocieron el lugar, sólo había trece filas entre bancos, sillas y butacas, con goteras, por supuesto, cuando llovía. La fila 13 nunca se vendía a los niños y niñas porque estaba reservada a las parejas. ¡Ay de aquella que cayera en boca por sentarse, tres veces seguidas, en la fila 13! Pero la chiquillería estábamos más pendientes de reírnos con el Gordo y el Flaco, Charlot, de contar 101 Dálmatas; aprender la escena de indios para repetirla a la salida e identificarnos con el amigo del "muchacho", que siempre ganaba pero sin tener la misma responsabilidad. Desde la butaca se proyectaba un cabreo colectivo cuando no llegaba a tiempo el Séptimo de Caballería o cuando tardaban en ajustarle las cuentas al tirano del emperador romano de turno. Las vocaciones religiosas no eran por azar: películas como Marcelino Pan y Vino, Sor Ye-Ye o Molokai (la isla maldita), nos pintaban un mundo mágico religioso. ¡Qué envidia nos producía la muerte de tanto extra en

pos de la fe en los anfiteatros romanos! O las persecuciones en las Catacumbas. Con este tipo de películas, de Agaete a las misiones del Congo Belga no había más que un paso.

Pero las películas que en aquellas Fiestas de las Nieves nos hacían guardar largas colas y horas de espera para comprar la entrada, eran las de Joselito o Marisol porque tampoco había donde elegir. Con Joselito fuimos el hijo del director de una cárcel raptado por una banda de delincuentes en "Los dos golfillos", el niño pastor que se unió a un vagabundo y que se ganaba la vida cantando en las ferias como en "El ruiseñor de las cumbres", el niño abandonado por su madre que, al morir el padre, se va a vivir con sus abuelos en "El pequeño ruiseñor" y para rematar, el niño huérfano que vivía casi en la indigencia y que gracias a su voz sale adelante al descubrirlo un productor. ¿Quieren más tragedia?

Por el contrario, las películas de Marisol, que también se proyectaban para las Fiestas de las Nieves a la sazón con las de Joselito, empezaron con un estilo similar en "Un rayo de luz", pero cambiaron de estrategia optando por divertirnos con "Tómbola" y es que probablemente debieron contarle al productor que las niñas y niños españoles ya habíamos gastado el saldo de lágrimas infantiles, de otra manera, no se

entendía que el día 4 de agosto estuviéramos todos bailando la Rama y el día 5 naufragando en aquel valle de lágrimas en el que nos sumía la filmografía del franquismo.



Y nos hicimos adolescentes y el tiempo de cine prolongaba las Fiestas de las Nieves en aquella post-rama del final de la década de los sesenta, de tal manera que en una semana se proyectó La ley del silencio, Al este del Edén, Esplendor en la hierba y Un tranvía llamado deseo, lo que conllevó cierta complicidad por parte del personal, guardando silencio y hasta descalificando las películas para despistar pues, dado los tiempos que corrían, era imposible pensar que nos brindaran un ciclo del director Elia Kazan, a no ser que la distribuidora estuviera de ofertas.

Con el tiempo la empresa cinematográfica cambiado de dueño y lugar hasta desaparecer, pero entre los muros del antiguo edificio aún ruge el león de la Metro, alumbrada la antorcha de la dama de Columbia, resuena el estruendo de los decorados de cartón piedra de aquellas películas de romanos de Ízaro Films, retumba el ruido de las aguas del Mar Rojo cuando Moisés, por arte de magia, las abrió para que pasara el pueblo elegido en los Diez Mandamientos pero, sobre todo, ensordece la voz de la chiquillería cantando a coro aquello de ¡Una chapareee, una chaparaaa!, que es la mejor aproximación fonética al lenguaje de los indios americanos de la pradera que aún conozco.

ENTRE BENGALAS Y FAROLAS

Cuando los ecos de la Diana habían desaparecido y aún quedaba un poco de resaca de la Rama, a las diez en punto de la noche estallaba el volador, signo inconfundible de que salía a la calle la Retreta, transformando las noches oscuras en un torbellino de colores entre farolas, antorchas y bengalas. De esta manera avanzaba la comitiva al son de la incansable banda de música y, como en la linterna mágica, las sombras de los papagüevos, el gentío y las farolas, se proyectaban majestuosas en las paredes dando rienda suelta a la imaginación infantil al mezclarse, a su paso, con aquellos óvalos que

Santiago Ubierna se encargó de pintar y que representando a cada uno de los pagos y caseríos del municipio, colgaban en cincuenta metros de calle, y tan pronto estabas en Tirma o en los Berrazales como en El Turmán o en Las Moriscas.

Para la Retreta habían llegado al pueblo los amaguados que por



cuestión de trabajo no habían podido bailar la Rama, pero como Agaete siempre da oportunidades, este turno de refresco llegaba para bailar las farolas y allá que la banda entonaba El Campeón, el Submarino Amarillo y alguna que otra canción de Palito Ortega y Luis Aguilés, entre humos de colores y el fuego de las antorchas, sobresalía la farola real con su corte de farolas pequeñas que hacían las delicias de

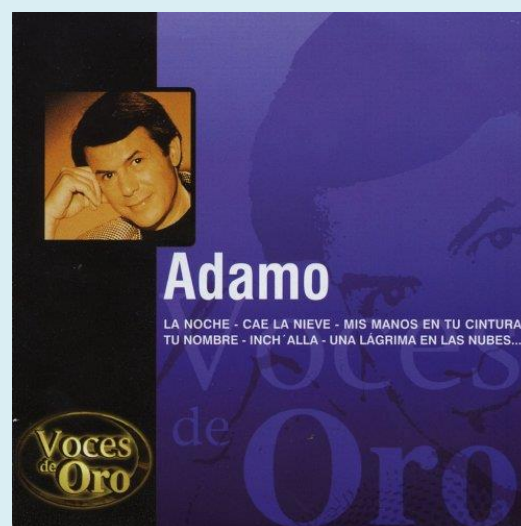
los más pequeños al moverse el muñeco que las coronaba sujeto a un resorte. Y si actualmente ver bajar la Rama por la calle Guayarmina es el mejor espectáculo que ofrece la Rama, ver bajar la Retreta no era menos con la tropa enralá y de relajo, y es que una noche de Retreta, en Agaete y en penumbra, da para mucho.

TIEMPO DE POST-RAMA

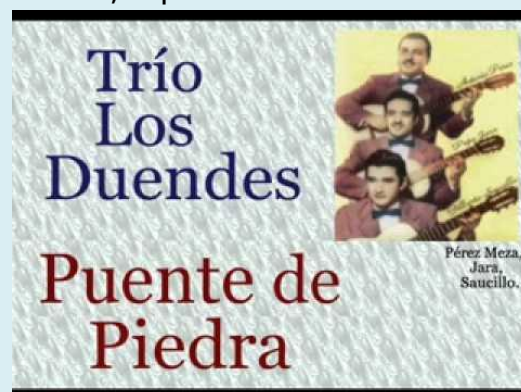
En ese afán humano por prolongar la vida y sus cosas, la Rama se perpetuaba hasta septiembre con la temporada de meriendas familiares en la playa, la de bocadillos de chorizos de Teror, jícaras de chocolate y conserva de membrillo mientras fuimos pequeños, y con atardeceres y noches de guitarra durante la adolescencia, acompañando aquellas canciones románticas junto al mar, venidas de los festivales del Mediterráneo y San Remo, que alimentaron amores platónicos que, aun no siendo los más prácticos, dan un juego teatral impresionante tanto por la vía de la tragedia como por la de la comedia. Y con anticipo, anunciábamos desde agosto el estado emocional en el que nos encontraríamos llegado septiembre, con el final de las vacaciones a la vuelta de la esquina. Argumentos de canciones como "Melancolía en septiembre", "Cuando calienta el sol", "Perdóname", "El Final del verano", "Sapore di sale" o "Septiembre", eran premonitorios de una muerte

anunciada con luz amarilla y racimos verdes, con el mar, Tamadaba y Guayedra de fondo.

Por su parte, la intergeneración anterior se había enganchado a los aires nuevos para llenar su trance de post-rama, con jornadas musicales en el Casino la Luz al son de canciones melódicas como "He sabido que te amaba" y "Cae la nieve", boleros como "Envidia" y



baladas entre las que se encontraban "Puente de piedra", "Escríbeme" o "El Preso número nueve", que eran todo un símbolo



<https://www.youtube.com/watch?v=6gJhTu9P2AY>

de modernidad para la época. Y allí que se afanaban ensayando tarde tras tarde, Tonillo y Antonio, García los dos, Anselmo Martín y Juan Bordón, para actuar en aquellas veladas cuyo repertorio sólo distaba de mi generación, en el toque intimista que le daban al estar los debutantes en edad de merecer aunque, para revolución la que se armó cuando llegó en los sesenta el primer conjunto moderno al estilo de los Brincos, Bravos o Pequenikes,



que se hacía llamar "Los Navajos" y que fue la ocasión para que las dos modernas más atrevidas del momento, Lucy Álamo y Loly del Rosario, amigas y vecinas mías las dos, se hicieran con la pista de baile al son del rock and rock con la consiguiente comidilla en los mentideros oficiales.

Pero daba igual, teníamos buenos ejemplos de disidencia en la

auténtica generación anterior, y si no, que se lo pregunten a Pepe Dámaso y a todo el artiesteo que movía en torno al grupo Los Toninos que cogieron del turismo incipiente el bikini, de las canciones francesas de Juliette Gréco "*Las hojas muertas*", de Luc Barreto "*Mirando al mar*" y de Estela Raval y Los Cinco Latinos "*Destino de mi amor*" y "*Quiéreme siempre*", que cantaban abrazados haciendo coro, con un palo en el centro a modo de micrófono, y de fondo ese mar tan nuestro del que ninguna generación se ha podido librar. Y fuimos juguetes del viento y como aquellas *feuilles mortes* de la Gréco, cada año con la Rama volvemos a revivir y a recordar el inicio de la ruptura con el pasado que preconizaba un futuro incierto del que la Rama no estuvo exenta, y es por lo que hoy, la magia de aquella Rama que nos preocupábamos en estirar como un chicle, perdura en la memoria sin nostalgia, pero con la alegría de haberla vivido.

EN LA RUTA DEL ARTE FLAMENCO

Gracias al descubrimiento de la pintura de la tabla central del Tríptico de Las Nieves en 1963, comenzaron toda una serie de investigaciones por parte de los eruditos en arte flamenco. Desde 1927 el obispo Miguel Serra había hecho sus apreciaciones sobre el valor histórico y artístico de las

tablas. Posteriormente el lectoral



Feo Ramos reconocía el carácter flamenco del pincel sin atribuirlo a ninguna firma en concreto, lo mismo que hicieran don Fernando de Armas Medina en 1944 y don Sebastián Jiménez Sánchez, a quien el Ayuntamiento de Agaete le publica un folleto sobre el tríptico flamenco en el año 1945. Por primera vez en 1963, el doctor Hernández Peraza atribuye el tríptico a Josse Van Cleve basándose en los paneles laterales, mientras que la doctora Sáenz, si bien estaba de acuerdo en lo referente a las tablas laterales, no lo estuvo tanto con la tabla central y

los medallones de los donantes; y así podríamos continuar con tantas opiniones, todas cualificadas, con más o menos acierto. Pero lo evidente es que entre esa mezcla de erudición, arte, fe y fervor popular, transcurría la pos-trama durante todo el mes de agosto con rosarios, novenas y promesas, durante la estancia de la Virgen de las Nieves en el casco urbano, hasta su retorno a la ermita el 17 de agosto, día de

las Nieves Chico y fiesta de las Madrinas durante muchos años.

Y entre tantas cosas que van y vienen, volvieron un año más las familias agaetenses residentes en el Sahara y los soldados que servían en Smara y en el Aaiún, mientras otros marcharon para siempre en busca de otras Ramas. Es así como este año bailaremos por primera vez la Rama sin Dedo de Dios, pero no podemos vivir ni quedarnos anclados en la Rama prehispánica, ni siquiera, en la del año pasado. La Rama, como ritual abierto, es una conquista diaria y continua de los valores que la sustentan, de las cosas que nos mueven y que nos afectan.

* Publicado en el periódico LA PROVINCIA/DIARIO DE LAS PALMAS el 4 de agosto de 2006

GODOY RODRÍGUEZ, José Antonio, 2010. *A la sombra del flamboyán*, Canarias: Radio Ecça